



CAPITULO IV

En el vivac

DOLVIÓ riendas Miguel, y al bajar un recuesto del terreno, dominando el tumulto y el vocerío de los gananciosos, el lamentarse de los heridos y el rodar de los cañones y los carros, oyó claramente el muchacho voces como de riña, como de protesta, como de reto. Rompiendo la muralla del apretado gentío, vió á un mozo, á un chiquillo rubio como unas candelas, espigado como un pino de oro y furioso como un gallo á quien le han tirado la golilla. Empuñaba con una mano una pistola y con la otra se cubría el pecho para proteger algo que Miguel no podía distinguir claramente.

— Iré prisionero, gritaba; mas tengo acción á conservar mis armas y mis condecoraciones... Si no se me permite, seguiré luchando... ¿Qué me importa morir como esos compañeros míos que llevan allí tendidos?

Y con la irreflexión propia de sus años y con el ímpetu propio de su raza, el mozo tiró del llamador de su revólver apuntando á cualquiera de los muchos que le rodeaban, aunque por fortuna sin tocar á nadie.



Mal la habría pasado el aturdido muchacho, que al delito de no hablar de manera que le entendieran, unía el de mostrarse rebelde, si Caballero, oyendo votos en purísimo francés, no hubiera intervenido á tiempo de evitar un desastre.

— No se trata de haceros daño, dijo Miguel; sois pri-

sionero y debéis entregar vuestras armas... En cuanto á vuestras medallas, podéis conservarlas y nadie las tocará.

Como si el güero hubiera sido un energúmeno y hubiera oído el ensalmo que estaba hecho para su caso, se dominó al ver que le hablaban en su lengua, y bajando el arma y deponiendo el ceño habló cortésmente á su interlocutor.

— Perdonad, señor oficial; mas las leyes de la guerra son iguales en todas partes, y la verdad es que no hay ninguna en que no se consienta al que se coge prisionero después de batirse gallardamente, conservar las armas que ha esgrimido con valor...

— Observad, señor, repuso Miguel, que el acto que acabáis de realizar, disparando en contra de uno de vuestros aprehensores...

Interrumpió el diálogo el paso de una columna que encabezaba un jefe con gorra de nutria, que era seguido por las aclamaciones de sus soldados, delirantes de entusiasmo. Como el grupo había aumentado, atrajo la atención de Berriozábal, que no era otro el triunfador, y mandó llamar á su lado á los principales actores del paso. Oídas las partes, el general falló:

— Déjenle sus condecoraciones y su espada y quítenle el revólver... Más merece quien se ha portado tan valientemente. Nunca he visto una lucha más honrosa que la del segundo batallón de zuavos en este día.

Explicó Miguel al otro chico la decisión del General, y el preso se volvió todo agradecimientos y buenas palabras. Contestó Berriozábal en un francés de Ollendorf, que también necesitaba traducción, y dijo al truchimán:

— Usted, subteniente...

— Caballero de los Olivos, mi general.

— Bien; usted, subteniente Olivos, se encarga de la custodia de este oficial... que nada le falte... que se le trate bien.

Deshecho el gentío, bajaron á la hondonada de Guadalupe los dos muchachos, y de bracero bordearon la falda de la fortaleza; el caballo de Miguel quedó en poder de un soldado que aseguró lo entregaría en la comandancia, por si acaso tenía dueño.

Tuvieron los amigos que detenerse para dejar pasar una carreta y varias camillas que conducían heridos, y se quedaron espantados al mirar los terribles estragos de aquella jornada.

Iban hacinados heridos mexicanos y franceses, cual si juntos hubieran estado siempre y juntos debieran seguir después. El indio *tocho* é incivil, que no sabía hablar el castellano, que no sabía leer ni escribir, que no sabía más que batirse y ofrendar la vida á un ideal distante é inasequible para él, se hallaba lado á lado de un rubio cazador de Africa que leía periódicos, esperaba en Rochefort y odiaba á Badinguet; un zuavo llevaba encima

á un defensor de Loreto; un pulido infante de marina que tenía astillado un hombro, se recostaba al lado de una vieja que llevaba el abdomen destrozado. ¡Y qué lamentos salían del armatoste que conducía aquellos despojos! Cada bache, cada peñasco, cada desigualdad del camino hacían dar tumbos á la carreta y lanzar á los heridos ayes en sus idiomas. Unos blasfemaban en *patois*, otros invocaban á la Virgen de Ocotlán ó á la del Pueblito, ó á la de Talpa, ó á la de San Juan, — y en esas invocaciones daban á conocer sus procedencias. — Otros lanzaban quejidos inarticulados, otros apenas alcanzaban á balar ó á maullar, sin fuerzas para articular palabras.

Miguel y el francés oían pálidos y afligidos aquella serie de quejas, dolores, juramentos, imprecaciones y gritos, cuando el preso dijo en voz alta:

— He aquí las consecuencias de que un hombre quiera restablecer la supremacía de la raza latina en América.

Miró el mexicano á su compañero con cara de espanto, y el otro, sin esperar á que le pidieran explicaciones, habló así:

— Me llamo Nicolás Chardon, soy originario de París y mi padre es normando, de tierra de Rouen. Profesor de latín en las Universidades de provincia, no ha cesado un punto desde que se entronizó el Imperio, de hacerle la guerra mediante la propaganda republicana más activa...

El ministro Duruy, que atribuyó á mi padre los famosos *Propos de Eabbiennus*, le persiguió con durísima saña, pues aseguraba que ninguno de los profesores de Francia podía escribir una sátira tan erudita y tan mordaz... Estuvo el pobre viejo á punto de ir á la cárcel, al destierro ó quizás á la muerte; pero afortunadamente se dió con el autor, y mi padre no tuvo más consecuencia que andar de aquí para allá, siempre errante, sin más amparo que el de mi pobre hermana Luisa y sin más compañeros que sus ediciones aldinas y elzevirianas de los clásicos...

Yo aborrezco al imperio; recuerdo todavía el horror con que vi, el 2 de Diciembre, las cargas de la caballería contra el pueblo; mas aborreciendo al imperio adoro al ejército... Me figuro que no tardará Francia en deshacerse de ese régimen de ignominia y que al ejército le tocará llevar su nombre triunfador por todas partes, en cien cruzadas más bellas que las de la Revolución y del Imperio... Entré á la escuela politécnica, pasé á Saint-Cyr, y hace dos años salí con un buen número, mi diploma de subteniente, la seguridad de llegar á un gran porvenir y mi colocación en el cuerpo más lucido del ejército: el segundo batallón de zuavos... ¡Lástima grande que me haya tocado estrenarme haciendo la guerra á un pueblo que defiende sus libertades, que lucha por su independencia!... Aunque á mí no me toca averiguar esas cosas, sino sólo ir á donde me manden...

Refirió Miguel su vida y sus andanzas; y cariñoso el otro le ofreció su amistad y su afecto.

Los charros quedaron cortados al ver llegar al gabacho. Tenían su campo establecido al amparo de los muros de la Ladrillera de Azcárate, y se sentían como sobrecogidos al saber que acababan de hacer huir nada menos que á los invencibles franceses. Nada entendían ellos de Crimea ni de Italia, ni de toda esa erudición geográfica que durante cuarenta años ha hecho ¡ay! el gasto en todos los discursos del cinco de Mayo; pero lo cierto era que ese nombre de Napoleón les sonaba como el de un soldado de los de punta, pues guardaban memoria de lo que habían oído referir á sus padres del otro que quiso llegarse á estas tierras, allá «cuando Fernando VII gastaba paletot». Y luego, haber venido de tan lejos para que aquí les *pegaran*, era cosa que no cabía en el juicio de aquellos excelentes sujetos.

Llenos de colorido fueron siempre los reales de la gente mexicana; pero de seguro que nunca llegaron á serlo tanto como en aquella noche memorable. Aquí veíase á un chinacate ataviado con un capote de zuavo; allá se encontraba á otro bebiendo en vaso de cristal y comiendo con tenedor, aunque sin saber á ciencia cierta dónde había de ponerle; y más lejos á otro y á otros devorando salchichón, bebiendo burdeos, procurando leer en libros ó periódicos en francés, ú hojeando paquetes

de cartas ó álbums con retratos de familia... Era el contenido de las mochilas que marinos y cazadores habían depositado á la vera de la zanja mientras peleaban, y que no pudieron llegar á recoger porque murieron ó porque huyeron en dirección diversa de aquella por donde creían tornar.

Chardon vió el caso con cólera mal contenida; pero luego, desentendiéndose, comenzó á referir á Miguel sus impresiones de la jornada.

«Anoche dormimos en Amozoc; ¡qué pueblo más triste y más feo el de Amozoc! Aquellas casas bajas, con patios interiores, con azoteas aspilleradas y con aspecto de fortaleza, eran de suyo repulsivas; pero más repulsiva aún era la soledad, la soledad absoluta, de pueblo abandonado, que reinaba por todas partes.

Luego que se reunieron todos los batallones y regimientos, y que la impedimenta arribó entre olas inmensas de polvo, se nos mandó llamar al alojamiento del General...

Lorencez discutía con dos mexicanos que no tenían nada de guapos y que luego supe eran Almonte y el padre Miranda; tres oficiales de Estado Mayor tomaban medidas y hacían apuntes sobre una carta geográfica, y la mayoría de la oficialidad permanecía sentada y silenciosa...

— Los señores Almonte y Miranda, dijo Lorencez hablando ya para nosotros, recomiendan el ataque á

Puebla por el Carmen, que, según ellos, ha sido el lugar que han aprovechado siempre los revolucionarios mexicanos; pero precisamente porque esa posición ha sido atacada siempre, debe de suponerse que será ahora la más defendida. En consecuencia, hay que marchar por un punto que hasta ahora no haya sido atacado, donde nuestras valientes tropas puedan mostrar su tradicional empuje y su inmensa bravura; y para ello nada mejor que atacar *Guadalupe* y *Santa Loreto*... Mas, como comprendéis, ésta y las demás precauciones son ociosas; Puebla es una gran ciudad en donde abundan los hombres de orden, los ricos y los inteligentes; y por consecuencia, los enemigos de Juárez... Zaragoza no puede durar mucho tiempo en su inútil defensa, porque le forzarán la mano nuestros amigos de Puebla, y tras un ensayo de resistencia, entraremos á la ciudad en medio de aclamaciones y vivas... ¿No es verdad, mi querido Regente? ¿No es cierto, respetable señor Arzobispo?... Perdonadme, señores, exclamó dirigiéndose á los mexicanos; estaba anticipando un poco los sucesos...

— Sí, señor General, respondieron halagados los personajes; tiene mil veces razón V. E.; no habrá batalla, ni en caso de haberla será posible que se resistan á las valientes tropas francesas las inútiles hordas mexicanas... Sin embargo, lo escarpado del cerro de Guadalupe...

— Permittedme, señores, que reciba á un ingeniero mexicano que acaba de anunciárase: quizás pueda servirnos para aclarar la disputa pendiente...

Penetró en ese momento á la estancia un sujeto moreno y barbudo que, haciendo mil inclinaciones hacia todas partes, se sentó al lado del General, que deseaba interrogarle. No había nada que temer, no había nada que



recelar; Guadalupe era un fuerte sin importancia; las fortificaciones nada valían; las tropas mexicanas no tenían ánimo, ni equipo, ni moralidad, ni valor, ni nada; batir á Puebla era negocio de coser y cantar, y el jefe estaba en lo justo al querer empezar el ataque por Guadalupe...

Nos miramos todos, asombrados del genio de nuestro General, y empezamos á ver con verdadera compasión á Almonte y á Miranda, que trataban de extraviarnos

de nuestro camino de gloria, oponiéndonos escrúpulos monjiles.

— Buenas noches, señores, exclamó Lorencez; hasta mañana en Guadalupe...

Y todos marchamos á nuestros respectivos alojamientos á soñar en las delicias del día siguiente: tiraríamos unos cuantos cañonazos; luego saldrían negociadores dispuestos á entregar la ciudad y á pedir gracia para los vencidos; Lorencez, digno, pero diplomático, accedería á algunas cosas y denegaría otras; y luego entraríamos por las calles cubiertas de flores, llenas por una muchedumbre alborozada que se disputaría el honor de hacernos aceptar sus homenajes... El alcalde, rodeado de todo el cabildo, nos recibiría presentándonos las llaves de la ciudad en una bandeja de plata, contestaría discreto Lorencez y continuaría la carrera en medio de aclamaciones, de vivas, de repiques, de cohetes y de músicas; llegaríamos por fin á la Catedral que, como toda la población, dicen que fué levantada por manos de ángeles; saldría á recibirnos el Obispo con su báculo elegante, capa resplandeciente de oro y mitra cuajada de piedras preciosas...; empezaría el *Te Deum*; las gentes no se cansarían de vernos y aclamarnos; pero yo sólo atendería á dos ojos negros, enormes, tiernísimos, llenos de poesía, que me habrían seguido por toda la carrera, causándome una inmensa sensación de languidez y voluptuosidad...